

Por LUIS E. LAMA

EL COMBATE

EN su segunda individual Herbert Rodríguez termina por salir del orden que rige a su generación con una voluntad mucho más decidida que la apreciada con anterioridad. Ahora deja de lado sus cuadros de mitos primitivos, en los cuales partía de altares imposibles y mantos emplumados para hacer un arte de ruptura que intenta buscar a través de la contemporaneidad un nuevo tipo de información. Hoy Rodríguez asume una función destructiva contra un poder injusto, apartándose de códigos convencionales para proporcionarnos un modo distinto de ver. Y no es que el expositor al alejarse de la tradición postule por una vanguardia, cuya optimista noción de progreso ya no tiene razón de existir. Su innovación radica en el menosprecio al aspecto artesanal para dar prioridad a la comunicación a través del mantenimiento de las perennes relaciones entre público y artista. Y aquí se da la contradicción. Mientras el autor utiliza símbolos capaces de convulsionar —por primera vez en la plástica peruana hay referencias explícitas al asesinato de Wensjoe o a la invasión de las Malvinas— opta por una galería para exhibir una agresión que corre el riesgo de diluirse debido al contexto de su ubicación.

La proliferación de objetos que invaden la sala, algunos de los cuales, como las cortezas y las plumas, se agrupan con gran sentido plástico, no constituye la parte más importante de la muestra, ya que cualquier reflexión sobre la cualidad estética de lo expuesto sería limitada. Lo más importante de las imágenes ocultas de Rodríguez, de esas tumultuosas ideas, es la meta de la rebelión: Es-

ta meta lo lleva a un combate, a un verdadero conflicto visual, donde lo que realmente cuenta es lo que intenta decir. Lamentablemente el expositor bordea el panfleto y lo vuelve ineficiente, ya que la profusión iconográfica y el empleo de un lenguaje poco ortodoxo hacen que la lectura de esta obra quede limitada a los iniciados. El espectador medio rechazará la propuesta de Rodríguez y preferirá, por ejemplo, al más modesto José Antonio Morales, quien toma el kitsch para tratar la revulsión en los términos que a este público le resulta familiar. Y allí la muestra decae, porque el ambicioso trabajo se sumerge en una misteriosa oscuridad que lo convierte en una pista difícil de seguir. Y ya Man Ray lo dijo en su tiempo: "Todos amamos el misterio, pero ¿debe haber, necesariamente, asesinato?"

Quizás pudiéramos encontrar en Rauschenberg al padre de este casi homicidio, porque fue él quien incentivó la exaltación de la fealdad, el uso del desperdicio y el apogeo de la dispersión. Pero no hay que engañarse, porque él y sus seguidores lejos de apartarse de la comercialización crearon una nueva belleza rápidamente asimilada por un público que anhelaba la sofisticación. Rauschenberg no logró encontrar a la vida a través del arte, sólo terminó hallando una nueva artificialidad.

El norteamericano Harold Rosenberg decía que esta sociedad no necesita de las obras de arte como objetos de culto. Y Herbert Rodríguez se aparta del objeto comercial para realizar un arte de agresión, trabajando con una libertad que si bien le permite una correspondencia entre lo que dice y la forma como lo dice, fácilmente podrá llevarlo al caos. Sin embargo, las intenciones de ruptura que se aprecian en La Araña, la explosiva demostración de talento embrionario, permiten identificarnos con Kaprow —agudo teórico y renovador plástico— cuando sostenía: "Estoy a favor de un arte que crezca sin saber que es arte. Estoy a favor de un arte que haga algo más que poner su trasero en un museo".